

## La cita con el Amado

*Fernando Torre, msp.*

«Tu anhelo, *las adoraciones*, esas citas divinas con el Amado, que refrescan el corazón cansado y dolorido. Tu vida, el Sagrario, que de ahí brotan los actos heroicos, los ríos de gracias, la lumbre del cielo, el fuego del amor»<sup>1</sup>, le dice Concepción Cabrera a Teresa de María.

Me incomoda oír hablar de la oración como “un deber” o “una obligación”. ¡No! La oración es un regalo de Dios, un privilegio del ser humano. La oración es *una cita con el Amado*; a ella nos impulsa nuestra sed de Dios, a ella nos invita el Dios que nos ama. Oramos, no porque tengamos obligación de hacerlo, sino porque amamos a Dios y anhelamos encontrarnos con él.

Jesús de Nazaret vive en una atmósfera de comunión con su Padre; él sabe que nunca lo abandona y que siempre lo escucha. Pero el evangelio también nos dice que, en diversos momentos, Jesús acude a una cita con su Padre: «Muy de madrugada, [Jesús] se levantó, salió y se dirigió a un lugar despoblado, donde estuvo orando» (Mc 1,35); «subió a una montaña a orar y se pasó la noche orando a Dios» (Lc 6,12); «se retiraba a lugares solitarios a orar» (Lc 5,16).

En el texto arriba citado, Concepción le habla a su hija de «*adoraciones*» y de «Sagrario», pues se dirige a una Religiosa de la Cruz, cuyo modo carismático de orar es la adoración eucarística. Pero podemos orar de diversas maneras y en cualquier lugar.

Los momentos de intimidad con Dios siempre producen fruto en nosotros: «refrescan el corazón cansado y dolorido», «de ahí brotan los actos heroicos, los ríos de gracias, la lumbre del cielo, el fuego del amor»... nos llenan del Espíritu Santo. Y, aunque por lo pronto no percibamos el fruto de la oración, creamos que sí lo tiene.

Acudamos cada día a *la cita con el Amado*; nos está esperado. Él es nuestro «anhelo» y nuestra «vida».

---

<sup>1</sup> Carta escrita el 19 abr 1923, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 383.